el cielo, atenta sólo á su amorosa aflicción, y sin hacer caso de lo demás. No sé en qué hubiera parado trance tan amargo, si el agudísimo y tunante portero, conociendo al vuelo el apuro en que yo estaba, no viniera en nuestro auxilio, cuando ya la gente de la vecindad nos rodeaba, nos observaba, señalándonos como á tres entes extrañísimos en aquel sitio.

—Vengan usías por aquí—dijo el vejete, llevándonos al fondo del patio.—Pues no se puede salir, entren en mi cuarto y aguarden á que pase esta batahola.

Mucho trabajo costó llevar á Presentacioncita al oscuro albergue del señor portero, mas á fuerza de ruegos y prometiéndole yo que al día siguiente haría poner al preso en libertad, se aplacó un tanto. El portero, luego que nos puso en seguridad dentro de su aposento, nos dijo:

—Aquí no les molestará nadie. Cerraré la puerta. Cuando la policía se lleve al barbilindo y se despeje el patio y se tranquilice la vecindad, saldrán ustedes. Esto no es un palacio; pero aquí estarán las señoras como en su casa... Pueden sentarse... hay silla y media... Mi cama es blanda y sobre este trombón (porque yo soy músico)... sobre este trombón, digo, puede sentarse una de las madamas.

—Gracias, gracias.

El miserable hablaba con diabólica truhanería. Después de ponderar las comodidades de su alojamiento, salió, y cerrando por fuera la puerta, nos dejó dentro de aquel sepulcro.

XV

Situación era aquella más crítica que la primera. Encerrados allí, estábamos á merced de un tunante, que á juzgar por su facha y lenguaje, no debía de ser modelo de virtudes porteriles. Los tres estábamos con mucha congoja, y ya nos veíamos cercados de ladrones y asesinos, aumentándose nuestro pavor con el cercano rugido del pueblo que llenaba el patio y corredores. Presentacioncita era la menos afectada de nuestra desdicha, porque tenía alma y corazón y sentidos fijos en los pasos de la policía y en el subir y bajar de la inquieta gente.

Trascurrió bastante tiempo sin que cesase nuestro apuro. Yo me desesperaba, y maldecía el instante en que neciamente consentí en la descabellada expedición; doña Salomé rezaba para que algún santo del cielo viniese en amparo nuestro, y Presentacioncita gemía sin hallar en nada consuelo. Lo peor de todo era que iba siendo ya muy tarde; había pasado la hora de la novena del Santo Angel, habían dado las ocho, las nueve, iban á dar las diez... ¡horrible trance! darían también las once, las doce sin poder salir de allí.

Por fin, Dios quiso que los alguaciles encontraran al prófugo y lo sacasen fuera y se

lo llevasen con dos mil demonios. Iba desocupándose el patio, se extinguían las voces poco á poco, y al fin, ¡San Antonio bendito! el endiablado portero nos sacó de nuestro encierro.

—¡Vámonos á la calle pronto!—exclamó doña Salomé, ardiendo en impaciencia.

—¡A la calle, á la calle! ¿Por dónde se sale, buen hombre?—dije, sosteniendo á Presentacioncita, que por su mucha aflicción apenas podía con su lindo cuerpo.

—Si no quieren ustedes salir por la calle del Bastero, donde hay muchos tunantes y borrachos—repuso el portero,—por este pasillo que hay á la derecha saldrán á la casa inmediata y á la calle de Mira el Río.

Yo temblaba de susto: por todas partes, en todos los rincones veía ladrones y asesinos alzando horrorosos puñales sobre mi pecho. El viejecillo nos llevó del patio grande á otro más pequeño, y de éste á un largo y húmedo zaguán, en cuyo extremo se veía la claridad de la calle. Cuando le dí la propina, me pareció sentir ruido de pasos detrás de nosotros; pero, aunque atentamente miré, nada ví.

—Por aquí derechos á la calle—dijo nuestro amparador, retirándose repentinamente.

Dejónos solos, y á la verdad, fué como si nos dejara de su santa mano el angel de nuestra guarda; porque no habíamos dado cuatro pasos hacia la claridad que al extremo del zaguán se veía, cuando una voz bronca y temerosa, que en su clueco graznido indicaba ser

RANGEL FRIAS UANL

producto del hombre y del aguardiente, resonó como un trueno en aquellos ámbitos oscuros, diciendo:

—¡Alto allá... alto! señoritos zampatortas, ¡alto, alto!...

El reventar de un cráter no me hubiera causado más espanto. Quedéme frío, y sobre frío absorto y petrificado, cual si en estatua de hielo me convirtiese. Y al mismo tiempo se sentían unos pasos, unos saltos como de gigante borracho que venía dando traspiés por la cercana escalera.

Lanzaron agudísimos gritos las damas, colgándose de mis brazos para que yo las amparase; pero más que nadie necesitaba yo amparo y protección, porque me quedé sin habla, sin fuerzar para correr, sin ojos para mirar, ni orejas más que para oir la voz, ¿qué digo? las voces de los que se acercaban, pues quitando lo que multiplicara mi espantada imaginación, bien podía asegurarse que eran media docena.

No se me oculta que mi deber en tan crítico momento era tirar de la espada ó sacar las pistolas para esperar á pié firme á los ladrones y acabar con ellos ó morir antes que mis dos compañeras fueran atropelladas; pero yo no tenía espada, y ni remotamente me acordé de que llevaba una pistola en el cinto. Temblando como alma que llevan los demonios, recordé aquello de que una retirada á tiempo es una gran victoria, y apreté á correr hacia la calle. Las dos damas eran dos alas que me impulsaban con rapidez suma.

¡Ah! cómo corrimos, cómo corrimos gritando: "¡favor, socorro, ladrones!„

Tras nosotros corría alguien. No le mirábamos. Sentimos carcajadas, blasfemias, un juramento horrible, qué sé yo... Corríamos siempre; las dos damas se separaron de mí y se quedaron detrás. ¡Ay! yo era el viento mismo.

Ví dos hombres qne andaban en dirección contraria á la mía, y su presencia me dió aliento... ¡dos hombres que no eran, ó al menos no parecían ladrones ni asesinos!—¡Socorro, favor!—repetí con ahogado acento.

Detuviéronse ellos. Me pareció ver una cara conocida; pero en mi azoramiento no llegué á formar juicio alguno... Detúveme yo también. En el mismo momento sentí un ¡ay! agudísimo. Era Presentacioncita que había caido al suelo. Doña Salomé se había parado en el mismo sitio. Retrocedí, porque la presencia de los dos desconocidos me infundió algún valor y porque mirando hacia atrás observé que nuestros perseguidores se habían quedado muy lejos.

Uno de los dos desconocidos se adelantó corriendo á levantar del suelo á Presentacioncita, mientras el otro soltó la risa diciendo:

—Si es Pipaón.

—¡Ah! ¿Es usted, señor duque? Hemos sido atacados por unos tunantes... Vamos á ver si se ha hecho daño esa niña.

El hombre que estaba junto á mí era el duque de Alagón; el otro...

RANGEL FRIAS
U.A.N.L.

XVI

Detente pluma... El otro alzaba del suelo á la pobre Presentacioncita, que al perder el equilibrio, y dar con su cuerpo en tierra, perdió también el conocimiento. Nos acercamos y el duque me miró con fijeza y malicia, poniendo sobre los labios su dedo índice.

—¡Jesús... se ha desmayado! — balbució doña Salomé, examinando á su amiga que aún estaba en brazos del otro.

—Esto no será nada, señora...—exclamó el desconocido.—Señorita...

—El susto ha sido tan grande...—dije yo —y gracias á que no se atrevieron á seguirnos. ¡Pobres señoras, si hubieran venido solas!

—¿A dónde llevamos esto?—preguntó el compañero del duque, dando algunos pasos con la desmayada en brazos, tan sin trabajo como si fuese una pluma.

Pareció perplejo el duque, y como no acertara á indicar una resolución conveniente, el compañero dijo:

—Vamos allá. adelántate y llama.

Hízolo así Alagón, y no habíamos andado veinte pasos siguiendo todos al generoso caballero, cuando se abrió una puerta, y Alagón primero, después su compañero con la niña en brazos, y detrás doña Salomé y yo, pene-

tramos en una hermosa pieza iluminada por dos luces. Un hombre y una mujer encontrábanse allí, ambos en pié y tan respetuosos, que por lo caliados y circunspectos parecían estátuas. Veíase en el fondo una puerta entreabierta, por la cual apareció el rostro de una mujer de tan acabada hermosura que, á pesar de lo apurado del lance, no pude menos de fijar en ella los ojos. De la pared pendía una guitarra.

El compañero del duque depositó su preciosa carga en una silla. Callaban todos: el desconocido pidió un vaso de agua, mientras doña Salomé, observando que la muchacha empezaba á dar señales de vida, hacía esfuerzos por reanimarla, diciéndole:

—Presentación, vuelve en tí. Eso no es nada... ¿A ver? ¿Te has hecho daño?...

—Vamos, beba usted un poco de agua—dijo el desconocido, acercando el vaso á los labios de la joven, que recobraban poco á poco su vivo carmín, así como las descoloridas mejillas.

Cuando la muchacha bebía, observé al generoso galán, que solícitamente sostenía con su mano izquierda la cabeza de la joven, mientras le daba de beber con la otra. Era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaría de los treinta y dos años, hallándose, según la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el apogeo de la vida. Vestía sencillo, pero elegantemente, traje negro por entero y ancha

RANGEL FRIAS UANL

capa, que habiéndosele caido en los primeros momentos del lance, fué recogida por el duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intención terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes á pequeñas alas de cuervo, centelleaba deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desenfrenadamente grande, corva y caida, una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne superabundante había crecido, representando con fertil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El labio inferior, que avanzaba hacia fuera, parecía indicar no sé qué insaciabilidad mortificadora. La personificación de la sed habría tenido una boca así. Una línea más de desarrollo y aquel belfo hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veía en la fatal fisonomía, peregrina mezcla de majestad y de innobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenía de todo, y era difícil deslindar en aquel rostro híbrido las líneas pertenecientes á las grandes razas de las que pertenecían á la degeneción propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Carlos V, mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas, se iba derecho á la majería. El cráneo era artísticamente conformado, el pelo negro y corto, con mechoncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma, su perfil era de los que aún suelen verse en las onzas de oro.

Presentacioncita, abriendo los ojos, demostró tal asombro al verse en aquel desconocido sitio y ante personas extrañas, que creimos se iba á desmayar de nuevo.

—Animo—le dijo el belfo,—ánimo, señora mía, eso no es nada.

—¡Ah!... ¿Quién es usted? Gracias, caballero... ¿En dónde estoy?—balbució la muchacha.—¡Ah! doña Salomé... Sr. de Pipaón... Están aquí... creí que me habían abandonado.

—Aquí estamos, sí, niña querida...

—Pero al instante nos vamos á marchar—afirmó con febril impaciencia la de Porreño. —Presentación, prueba á levantarte.

—Señora doña Presentacioncita—dijo el belfo sonriendo,—no hay prisa. Descanse usted un poco.

—Vámonos, vámonos—dijo doña Salomé. —Hija, prueba á levantarte, ¿Puedes andar?

Presentación dió algunos pasos: cojeaba un poco á causa de una leve torcedura en el pié derecho al caer; pero andaba. Volvióse para dar las gracias al incógnito caballero; yo también quise decirle algo por pura fórmula, pero nos miramos unos á otros con sorpresa. El caballero, volviéndonos la espalda, desapareció por la puerta que había en el fondo.

—Gracias, muchas gracias, señores—dijo Presentación dirigiéndose al duque.

—Por aquí—indicó éste, que sin duda deseaba que nos marcháramos.—Yo acompañaré á ustedes hasta la calle de Toledo.

—Por aquí... á la calle... gracias, mil gracias, señor duque.

El duque, mientras las dos mujeres salían; se me puso delante, y abriendo mucho los ojos, aplicó de nuevo el índice á los labios.

Salimos y los minutos nos parecían siglos, porque Presentacioncita andaba muy despacio. Era ya tarde, por cuya razón á las contrariedades expuestas se unía la pavorosa contrariedad del sermón que nos esperaba, cuando nuestras pecadoras frentes se pusieran al alcance de los ojos de la señora condesa y nuestros oidos al blanco de la grave voz de doña María de la Paz. Al pensar en esto, los tres no teníamos más que un deseo: que la tierra se abriese haciéndonos el favor de tragarnos.

Pero la Providencia, que nunca abandona á los débiles, nos sugirió ingeniosísimas trazas para salir del paso, y fué que discurrimos sacar del propio mal el remedio, achacando la tardanza á la misma torcedura del pié de Presentacioncita, cuya invención, llevada á feliz término por mi elocuencia ante las dos irritadas matronas, tuvo el éxito más completo que puede imaginarse.

—Es claro... ¡cómo habíamos de venir á tiempo!... Bajamos la escalera... Presentacioncita dió un paso en falso. Subimos otra vez... La marquesa no quería dejarla salir... Se buscó un simón; el simón no parecía... Se sacó la litera de mano; estaba rota... Discurre por aquí, discurre por allá... Yo estaba en as-

RANGEL FRIAS U.A.N.L.

cuas y quise venir á avisar para que no se asustaran ustedes... En fin, demos gracias á Dios de que no se rompiera un pié.

—¿No puedes andar?—dijo la condesa á su hija con desabrimiento.—Esta sí que es fiesta. Estamos convidadas para la función de mañana en la Trinidad.

—Con Manifiesto y asistencia de Su Majestad—repitió doña María de la Paz.—Y es preciso ir sin remedio. Yo al menos no puedo faltar, porque el prior nos ha prometido que podremos hablar á Su Majestad y entregarle nuestros memoriales.

—Mañana—repetí.—También yo he recibido invitación de los padres. ¿Con que van ustedes á la Trinidad?

—¿Puedes andar, Presentación? ¿Puedes andar, sí ó no?—preguntó con afán indescriptible doña Paulita.

La niña se levantó resueltamente y dió algunos pasos por la habitación con pié seguro.

XVII

¿Cómo había yo de faltar á la función de los Trinitarios, si era hombre que á ninguno cedía en religiosidad ni perdonaba medio de que se me tuviese por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia? Además, poco antes había sido nombrado prioste de la archicofradía de *Luz y Vela*, y

como tal me correspondía asistir á la función y acudir al pórtico de la iglesia, donde habíamos puesto el mostradorcito con varios objetos devotos y otros profanos, que al son de trompeta y tamboril se vendían ó rifaban para atender á los gastos de la corporación.

Desde muy temprano estaba yo con mi cinta al cuello, espetado en el pórtico, en compaña de mis colegas el señor licenciado Moñino, de la suprema Inquisición, D. Felipe Rojo, racionero medio de Toledo, y el subcolector de espolios D. Vicente Barbajosa. El gentío era inmenso, y se agolpaba en las distintas puertas del edificio, estorbando el paso de los fieles, lo que perjudicaba mucho la venta.

En el atrio del convento estaba el zaguanete de la Guardia de la Real persona. No tardó en aparecer Su Majestad, desplegando en su persona y comitiva tanta pompa y aparato, que se sentía uno orgulloso de ser español y llamarse vasallo de quien por tal modo y con tal grandeza representaba en la tierra la autoridad emanada de Dios. Daba gusto ver aquella fila de coches, tirados por sendos pares de caballos á tres pares cada uno. Cada individuo de la familia real iba en el suyo, resultando una procesión que cogía medio Madrid, con la multitud de batidores, correos, lacayos, escoltas, carruajes de respeto, palafreneros, caballerizos y demás figuras admirables que recreaban la vista y el alma. ¡Qué profusión de uniformes, cuánto plumacho y galón, qué diferentes clases de sombreros, de

RANGEL FRIAS U.A.N.L.

uniformes, de caras, de arreos! Parecía que le trasportaban á uno al Oriente, ó á las pomposas fiestas de la India. ¡Feliz nación la nuestra, que tal magnificencia podía ofrecer á los aburridos ojos de los súbditos, para que se alegraran y diesen gracias á la Divina Providencia por haber hecho de nuestros reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra! Allí se veía la grandeza de nuestra nación, allí sus inmensos tesoros, allí su dignidad excelsa, allí la representación más admirable de su gran poderío. ¡Viva España!

Formaron los guardias (á quien entonces llamaba el vulgo los *chocolateros*, no sé por qué), y el estrépito de tambores y clarines llenaba los aires. Tales sones y el limpio sol que inundara aquel día las calles, daban á la regia comitiva esplendor y armonía celestes. Los gritos de ¡viva el Rey absoluto! resonaban por doquiera. ¡Oh, feliz consorcio de la monarquía absoluta y la religión santísima! ¡Quiera el cielo que existas luengos siglos y que estas dos instituciones, hijas de Dios, vayan siempre de la mano y partiendo un piñón, para que los fieles cristianos y súbditos del encantador Fernando vivamos pacíficamente en la tierra, libres de revoluciones impías y de locas mudanzas!

Salió la comunidad con palio á recibir al Monarca, y llevándole en procesión á un camarín riquísimo qne le habían preparado en el Claustro, rogáronle que se adornase el pecho con media docena de escapularios y alguna reliquia milagrosa de huesecillos ó retazo de santo, lo cual, como hombre piadosísimo, hizo de buena gana. El Infante don Carlos y D. Antonio Pascual imitáronle, dirigiéndose después todos, cirio en mano, á la vecina iglesia, donde ocuparon sus asientos en medio del respeto y la admiración de los fieles.

Todavía me parece que le estoy mirando. No puedo olvidar aquella majestuosa figura arrodillada, con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento en actitud tan edificante, que la misma impiedad se habría ablandado y convertido contemplándole. ¡Con cuánta religiosidad atendía á las sonoras preces, y con cuánta fe al sermón que predicó el Padre Vargas, y en el cual no faltó aquello de llamarle Trajano y Constantino, y de elogiar *sus sabios dictamentos para dirigir sabiamente la nave del Estado!* ¡Con cuánta unción y evangélica mansedumbre besó las reliquias que el Padre Ximénez de Azofra le presentara, y dijo después las oraciones finales para implorar de Su Divina Majestad la gracia y el buen consejo! Todos los presentes estábamos conmovidos, y parecía que se nos comunicaba algo de la celestial pureza de aquel varón insigne, ante cuya preciosa cabeza se postraba mudo y sumiso el pueblo escogido de Dios. ¡Oh qué gusto ser español!

Concluida la ceremonia, pasó Su Majestad al camarín, donde ya se había dispuesto una lujosísima mesa, como destinada á boca y paladar de tal Príncipe, y en la cual las viandas apetitosas reclamaban la vista y ol-

RANGEL FRIAS UANL

fato, recreando y extasiando el alma. No sé qué angelicales reposteros pusieron sus manos en aquello; pero lo cierto es que la tal mesa parecia destinada á servirse en los altos comedores del Paraiso, para regalo de las más excelsas potestades. Aunque allí, como en los claustros, no tenían entrada sino las personas convidadas, muchas damas de lo más granado de Madrid, consejeros, generales, oficiales, marinos, presidentes y priostes de las cofradías, capellanes de Palacio, alguaciles y familiares de la Inquisición, canónigos de San Isidro y demás gentes de viso, el gentío era grande, porque los trinitarios, deseosos de dar lucimiento á la fiesta, habían abierto mucho la mano en las invitaciones. No nos podíamos rebullir; todos querían ver los augustos semblantes de Su Majestad y Altezas. Los frailes no cabían en su pellejo de puro satisfechos y trataban de atender á todo.

Su Majestad no hizo más que probar algunos platos; obsequió con dulces á las damas, dando muestras, allí como en todas partes, de su exquisita galantería, y se retiró á la sala capitular para despedirse de los bondadosos y humildes padres. Pugnaban los convidados por penetrar en la sala, llevados unos del deseo de saciar sus ojos en la contemplación del rostro de nuestro soberano, otros aguijoneados por el afán de presentarle memoriales. Gracias al Padre Salmón, que se me apareció como emisario del cielo, pude penetrar en la sala, llevando conmigo

RANGEL FRIAS
U.A.N.L.

á la señora condesa de Rumblar con su hija y á las señoras de Porreño. Las cinco damas estuvieron á punto de quedarse fuera. Sensible sobre toda ponderación hubiera sido este accidente, porque la condesa iba á presentar al Rey un memorial pidiendo una bandolera para su hijo, y doña María otro en pró de la tan deseada moratoria.

¡Oh! espectáculo sublime, y qué hermoso es ver á un Rey atendiendo con paternal solicitud al socorro de sus hijos, recibiendo las peticiones de éstos y prometiendo satisfacerlas con generosidad, con esa generosidad regia, que es un reflejo de la misericordia divina. Puesto Su Majestad en un estrado que á propósito se había construido, el prior Ximénez de Azofra le presentó un memorial, solicitando no sé qué mercedes para dos sobrinos suyos y dos cuñaditos de su hermana; y después que el bendito trinitario cumplió los deberes domésticos, mirando por el bien de su venerable parentela, fué presentando al Rey uno por uno á todos los demás postulantes, que ya habían convenido con él en los pormenores de esta ceremonia. Recogió Fernando las peticiones con tanta bondad, que era imposible contener las lágrimas viéndole. A todos prometía villas y castillos, dirigía algunas preguntitas, hacía el obsequio de una sonrisa, cuando no de palabras, y daba á besar su real mano con una llaneza que no desmentía la dignidad. ¡Oh, qué inefable delicia ser español y súbdito de tal Monarca!

Cuando Ximénez de Azofra indicó á la

señora de Rumblar que se acercase, y vió Su Majestad á la grave madre y al lindo retoño, se rió de una manera tan franca, que todos nos quedamos pasmados; y al recibir el memorial fijó los negros ojos de fuego en Presentacioncita, la cual, turbada, azorada, trémula, vaciló, y hubiera caido en tierra si no la sostuviéramos. Estaba la muchacha más roja que una cereza. Dirigióle el paternal y bondadoso Monarca la palabra, preguntándole si tenía padre, á lo cual doña María, hecha un mar de lágrimas, contestó que no.

Todos nos quedamos asombrados de la inmensa bondad del Rey, que en aquella pregunta como que quería constituirse en padre de todos los huérfanos del reino.

Cuando nos retirábamos, Presentacioncita estaba pálida como el marmol.

—¿Le vió usted bien?—me dijo en voz baja.—¡Ay! Sr. de Pipaón, estoy asombrada, aterrada.

No pude oirla más, porque sentí que entre el gentío me ponían una mano en la espalda.

Era el duque de Alagón que quería hablarme á solas... pues no podía pasar mucho tiempo sin que él y yo tratásemos algo importante para el bien del Estado.

XVIII

A las dos del siguiente día estaba yo en Palacio. Envióme D. Antonio Ugarte, recién

llegado á Madrid, para que diestramente, y con amañados pretextos, observase lo que allí pasaba. Después de hablar con varios gentiles hombres y mayordomos, llevóme uno de éstos al salón que precede á las regias habitaciones, y en el cual suele verse en días de audiencia gran marejada de pretendientes que entran ó salen. Presentóseme allí al duque de Alagón, que, llevándome aparte, me señaló un anciano que en el mismo instante salía de la Cámara Real.

—¿Conoce usted á ese?—me dijo.

—Es D. Alonso de Grijalva—contesté sin disimular mi disgusto.—¡Maldito vejete! No puede dudarse que ha venido á implorar el perdón de su hijo.

—Y lo ha conseguido; yo puedo asegurarlo, porque estaba presente durante la audiencia. ¿Creerá usted que el buen señor se ha echado á llorar delants del Rey?

—¡Qué falta de cortesía!

—Su Majestad le ha recibido bien. Grijalva goza de muy buena opinión: es realista vehemente.

—Vamos, que se ha salido con la suya.

—De una manera absoluta. Por esta vez, amigo Pipaón... Además vino presentado por dos personas de la primera nobleza y por el Patriarca, y precedido por una carta del Nuncio.

—¿De modo que se nos escapó Gasparito? —dije yo, tomándolo á broma.

—Sin remedio ninguno. Su Majestad se ha mostrado tan decidido, tan categórico... Al